

ebbe
trabera
un año después

Si el mejor homenaje que puede hacerse a un autor es leer su obra, seguir leyéndola parece también la mejor forma de tributárselo si el escritor no está ya físicamente entre nosotros.

*El texto de nuestro compañero **EBBE TRABERQ** cuya lectura proponemos,*

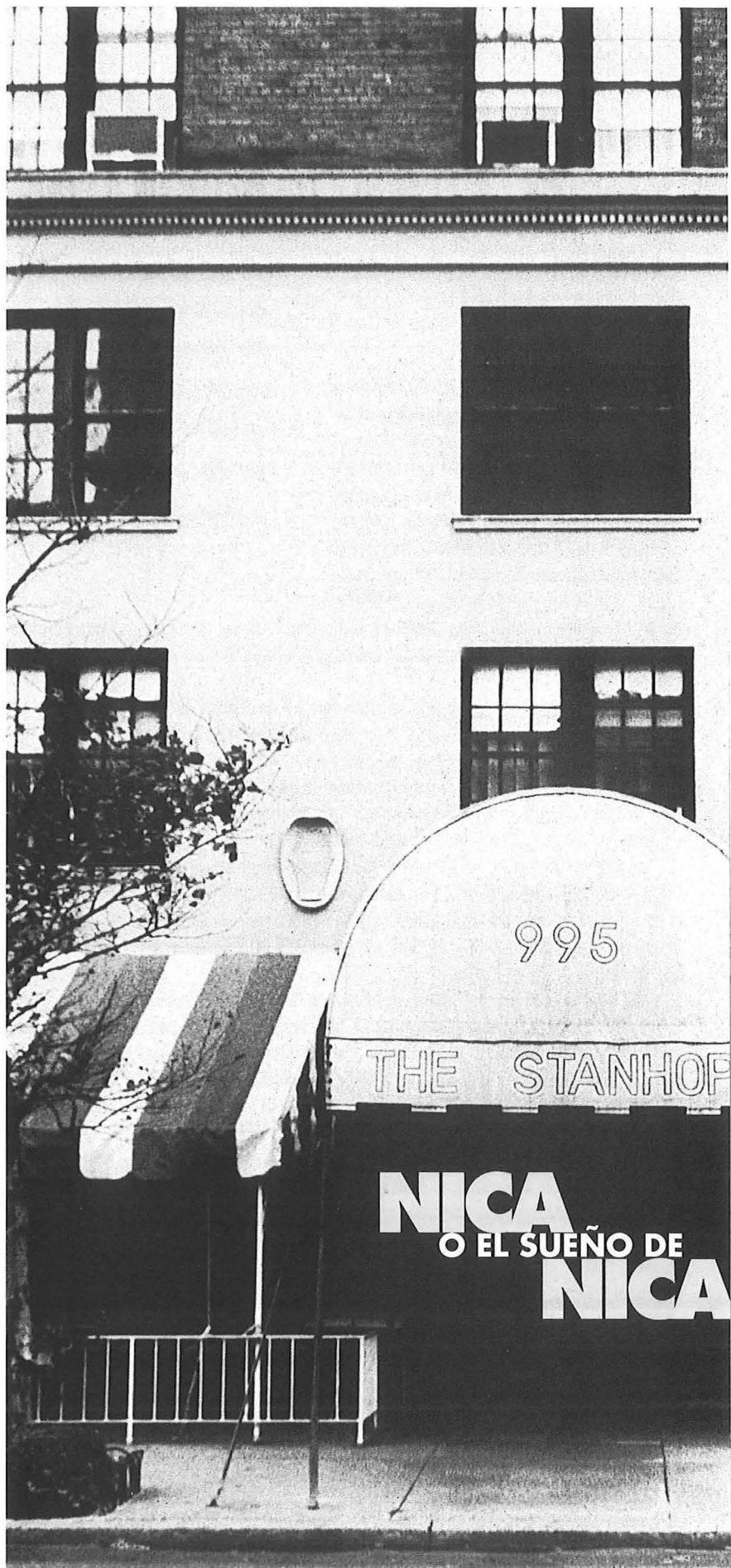
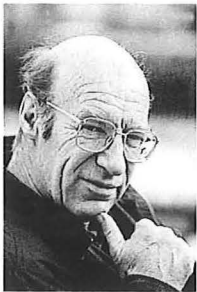
Nica o El sueño de Nica, fue publicado en Revista de Occidente, núm. 93, en febrero de 1989.

Avanzando por la biografía de la "baronesa del bebop", que constituye el nudo argumental del artículo,

*Ebbe despliega el talante, libre de mordazas e ideas preconcebidas, del que siempre hizo bandera. Percibimos a un autor que nos hace cómplices de un modo de entender el **JAZZ**, y puede que incluso la vida. **Ebbe** reflexiona en voz alta: "Empieza la música, y no me parece muy fácil explicar con exactitud lo que pasa".*

Quienes sentimos su ausencia participamos de una perplejidad paralela cada vez que releemos uno de sus trabajos.

J.L. Salinas



NICA
O EL SUEÑO DE
NICA



Cada año que pasa entiendo menos de la supuesta evolución de las cosas. Sin sentir el menor roce de pesimismo, tengo más bien la impresión de que estamos irremediablemente *regresando*. Es verdad que a estas alturas ya nadie discute el sitio que ocupa el jazz y su enorme caudal de música creativa, verdadero centro de exploración para el artista que busca nuevas y válidas fórmulas de expresión. Pero también es verdad que existen todavía ciudades y países donde el jazz tiene que luchar por ser aceptado, y donde aún está buscando un modesto cobijo.

Por otra parte hay lugares donde el jazz se encuentra constantemente rodeado y amenazado por grupos de oportunistas que, de diferentes maneras, intentan hacer negocio a su costa. Puede ser que este fenómeno semimafioso se observe en la mayoría de los países, pero aquí, donde nos encontramos, se percibe ya en el ambiente un tufo como de vergüenza ajena. Personalmente no conozco nada más patético, por no decir repelente, que cierto tipo de “presentador” que, desde la televisión o las emisoras comerciales, con cara de banquero o de comisario europeo –y con voz de profeta– tiene la desfachatez de intentar confundir a la gente relacionando el jazz con nuevos inventos tan odiosos como las músicas *New Age* o *Windham Hill*.

En fin, intereses comerciales los ha habido siempre, con sus falsificadores, manipuladores y estafadores. Pero es como si el respeto por esta música sería que es el jazz se hubiese perdido. La nuestra es y ha sido siempre una música de mensajes claros, fuertes e inconfundibles, de un lenguaje tan personal y potente que logra alcanzar las cimas de la belleza desde diferentes vértices. Nunca ha sido la atracción de las grandes masas, quizá porque esta especie de histeria colectiva que los jóvenes de hoy parecen buscar con tanto afán no se da allí donde no hay más que luz y orden, sensibilidad y, sobre todo, criterios musicales.

Así se comprende tal vez que no puede haber sitio para los vendedores de lo insípido y del mal gusto. Ni siquiera dedicando *todo el tiempo* que nos queda a la audición y a la exploración de la música que nos rodea tendríamos suficiente, y esto es ya en sí dramático, me parece...

¡Cómo me hubiera gustado poder sentarme y hablar largo y tendido de estas y otras muchas cosas con Nica! Desgraciadamente ya es tarde. A finales del año pasado (1988) llegó la noticia del fallecimiento de la baronesa Pannonica de Koenigswarter en su domicilio de Weehawken, Nueva Jersey. Con ella el jazz de vanguardia, siempre en situación precaria, perdió a su casi mítica protectora, una aristócrata que supo valorar como nadie la amistad de los músicos y un buen día decidió sacrificar la parte de su vida que menos le interesaba para luego convertirse, con infinita gracia y esa personalidad que sólo da una inteligencia femenina fuera de serie, en algo tan genial e insólito como pudiera ser, por ejemplo, la mezcla de Florence Nightingale y una auténtica *soul sister*.

Kathleen Annie Pannonica Rotschild nació en Londres en 1923, la hija más joven del magnate británico y hermana del actual lord Rotschild.

Pannonica recibió la típica educación convencional, y nada apuntaba hacia una vida muy diferente a la de las demás Rotschild si no fuera su vivo interés por la aviación, que le llevó a obtener el carnet de piloto.

Su primer contacto con el jazz fue, según contó a Max Gordon –el dueño del club Village Vanguard– en la tal vez única entrevista que dio en su vida, a través de su hermano, que, aprovechando un concierto del cuarteto de Benny Goodman en el Royal Albert Hall, había solicitado un par de lecciones al pianista Teddy Wilson. La presencia de la joven fue tolerada y allí, en espacio de segundos, nació una afición que iba a durar el resto de sus días. Poco a poco empezó escuchando discos, y la orquesta de Duke Ellington le impresionó de especial manera con su *Black, Brown And Beige*.

Pannonica se casó a los 22 años con el diplomático francés barón Jules de Koenigswarter. Del matrimonio, que fue disuelto en 1956, nacieron cinco hijos. Los años de la segunda guerra mundial fueron de gran actividad para la joven baronesa, que, gracias a sus nuevos vínculos con Francia, tuvo varias misiones de importancia en los servicios de inteligencia de las fuerzas libres de Charles de Gaulle. Los viajes a África fueron frecuentes, y en general esta experiencia habrá significado mucho para su madurez, su espíritu individualista y capacidad de decisión.

En 1951 llega el cambio definitivo en la vida de una mujer que veía la embajada de Francia en México como una auténtica cárcel. Decide romper con su marido e instalarse en Nueva York, en una *suite* amueblada del lujoso Hotel Stanhope, en plena Quinta Avenida. Su nueva casa se convierte rápidamente en un lugar de reuniones de los jóvenes músicos negros de la vanguardia e incluso en una especie de refugio para algunos de ellos.

Los años que siguen parecen los más intensos y también los más apasionados de la recién liberada Nica. Nadie se habrá divertido más que ella llevando en su viejo y cómodo Rolls-Royce (“mi gorrión de plata”, lo solía llamar) a sus amigos músicos de gira, o simplemente paseando con ellos por Manhattan y haciendo parada en todos los clubs nocturnos de fama. El gran momento de la calle 52 es ya historia; la actividad musical de la ciudad se desarrolla ahora más abajo, hacia el Village, donde todo el mundo queda enseguida encantado con una mujer de tan buen ver que, aparte de ser inteligente, se muestra generosa y dispuesta a ayudar. Incluso parece tener muy buen oído para la música. ¿Qué más se puede pedir?

Todo esto coincide con unos años de creación casi febril que atrae a muchos jóvenes músicos a Nueva York. También son los tiempos de los mayores estragos de la droga entre la gente del jazz. La autobiografía del pianista Hampton Hawes –*Raise Up Off Me*, Coward, McCann & Georhegab, 1972– es un documento único por la fuerza y la exactitud con que describe los grandes vuelos y las durísimas recaídas del adicto. Hawes y su inseparable amigo Sonny Clark –otro destacado pianista de la época *post-bop*– se habían ganado cierta fama por las anchas y peligrosas avenidas de la vida nocturna neoyorquina. *The Gold Dust Twins* (los gemelos de polvo

de oro) los llamaban, y la gente les veía acercarse con terror. Con ellos todo era posible. Se trataba de probar todo, vivir al máximo y no pensar nunca ni en el precio ni en las consecuencias. En caso de absoluta emergencia sabían que la puerta de la baronesa estaría siempre abierta.

“Ay, si no hubiéramos sido músicos, nos habríamos hundido definitivamente”, concluye el autor, que no llegó a cumplir los 50, mientras su compañero tenía tan sólo 31 cuando murió.

Pocos dentro de *la familia* del jazz habrán visto más miseria, más casos desesperados que Nica. No olvidemos que fue en su casa donde encontró la muerte Charlie Parker, un tremendo drama que le debe haber causado mayor impresión que la que refleja la película de Clint Eastwood *Bird*, donde, por otra parte, la actriz que hace de baronesa (Diane Salinger) queda lejos de convencernos.

Este luctuoso suceso, tan bien aprovechado por la prensa sensacionalista de la época, hubiera sin duda podido destruir a cualquier mujer digamos “normal”. Nica había actuado según su conciencia y sólo podía deplorar la lamentable lucha por el cadáver del pobre Parker que luego tuvo lugar entre sus herederas.

En el Stanhope Hotel la vida seguía su curso, con sus penas y alegrías. Un gran número de los músicos negros que se abrieron camino durante la década de los cincuenta habrá desfilarado por allí, y muchos tienen anécdotas increíbles que contar. El ya entonces legendario pianista Thelonious Monk, con quien la baronesa había establecido pronto una fuerte amistad, fue de los invitados más asiduos. En cierto modo pertenecía a la casa, en el sentido que venía a pasar temporadas solo con la dueña. Otras veces traía también a su esposa Nellie, tal vez a la familia entera. No hubo nunca problemas, aunque el vecindario asistía horrorizado a interminables fiestas nocturnas donde la música tenía su parte natural. A los propietarios del hotel sólo se les ocurría doblar de vez en cuando el alquiler, lo que no podía suponer, desde luego, un mayor trastorno para una Rotschild.

He oído a músicos contar las grandes veladas de ping-pong que tuvieron como escenario la terraza de la baronesa. Míticas tardes y noches de verano que revelaron nuevas facetas del genio de Thelonious Monk, quien por lo visto no tenía rivales, y ganaba el prestigioso campeonato año tras año con un juego rápido, variado y, sobre todo, enormemente agresivo que, combinado con un estilo fino y muy personal, una imaginación y una fuerza envidiables más una ambición fuera de lo común, le hacían invencible.

Recuerdo haber visto hace muchos años en la difunta revista *Metro-nome* un amplio reportaje de uno de estos campeonatos. En la final Monk aplastó a Milt Jackson. Las fotos mostraron la enorme satisfacción con que el gigante recibía su trofeo...

Fueron, a grandes rasgos, unos años de felicidad que se prolongaron hasta bien entrada la siguiente década. Con alivio Nica veía a su *protegé* llevar una vida activa dentro de cierta disciplina, aunque ya era evidente para todos que no se podrían esperar cosas nuevas de su mente desgastada. Las giras se hacían cada vez más cortas y escasas. La última tuvo



Baronesa Pannonica de Koenigswarter

lugar en el año de 1971 y terminó con una larga serie de grabaciones de Monk en solitario, último e impresionante recuerdo del hombre que más hizo por el piano del jazz en nuestro tiempo.

Y desde aquella sesión de seis horas, en los Estudios Chappell de Londres, el 15 de noviembre de 1971, no se supo literalmente nada del legendario pianista hasta el 17 de febrero de 1982, el día de su fallecimiento. Un silencio tan brutal y prolongado que terminó por causar un malestar general y, desde luego, una honda preocupación.

Estos diez años, en parte transcurridos en otra vivienda más tranquila y soleada en Nueva Jersey, con vistas sobre el río Hudson, habrán sido largos y amargos para Nica, con un huésped cada día más preso de la más absoluta inercia, víctima de la pasividad, de la obesidad y de sus propios caprichos. Su gigante se venía inexorablemente abajo en un proceso de decadencia que ni dejaba huella de la música.

Y lo maravilloso es que nadie jamás le ha oído a Nica quejarse. Hasta sus últimos días habrá estado activa dedicada a la pintura y a la vida con las docenas de gatos que convivían con ella. También mantuvo excelente contacto con sus hijos. Pero puede ser que esta excéntrica mujer se complicara la vida más de lo debido. “Desde luego, el jazz no favoreció nunca mi matrimonio”, solía exclamar con una mordaz ironía que hacía reír a todo el mundo. Con su fuerte instinto de independencia, su afán por lo imprevisto y lo absurdo, el mundo del jazz de la postguerra le ofreció unas condiciones de vida especialmente atractivas. Se metió de pleno en el mundo de los músicos, se ganó un sinfín de apodos (“la baronesa del bebop” fue uno de ellos) y casi milagrosamente se salvó de convertirse al final en una triste caricatura. Pero supo vivir con gran dignidad la última etapa sin su gran amigo Thelonious, cuya magia musical le habrá acompañado hasta el último momento.

Mi único contacto con Nica data de la primavera de 1984. Junto con un compañero danés, el crítico de jazz Ib Skovgaard, acababa de terminar un largo y complicado trabajo de investigación sobre el pianista Sonny Clark, que murió el 13 de enero de 1963, sin haber cumplido los 32 años. Duramente castigado por la droga y por diferentes enfermedades, tuvo una carrera fulgurante y dejó para la posteridad una obra grabada sorprendentemente extensa y de altísima calidad. Nuestra discografía venía ilustrada con algunas fotos inéditas de Clark y contaba con el añadido de un poema y una serie de declaraciones de músicos que habían crecido y trabajado con él, viéndolo como un auténtico líder, uno de los indiscutibles pero a menudo olvidados genios y pioneros.

Nos pareció lo más natural del mundo enviar un ejemplar de nuestro modesto libro a la baronesa, y fue una idea acertada. A las pocas semanas nos contestó con la carta más encantadora que se puede imaginar expresando toda su gratitud por lo que habíamos hecho por uno de sus músicos favoritos. Escrita a mano, de manera natural y espontánea, es la carta de una mujer sensible e inteligente que no resiste la tentación de llenar los espacios entre palabras y entre líneas con florecitas y otros dibujos deliciosos en deli-

cados colores que solamente se distinguen en el original, claro está.

El resto fue silencio. Ahora, al cumplirse el primer mes de la muerte de esta gran protectora del buen jazz, me doy cuenta de mi incapacidad para imaginarla como la anciana en la que se convirtió en su última fase. Y es que la muerte, con sus incesantes y violentas irrupciones en nuestro mundo, nos hace con frecuencia confundir las edades de las personas. Aparte de que la edad ha sido siempre una cuestión secundaria entre personas inteligentes.

No, la auténtica, la increíble e inolvidable, la tan bella e indispensable Nica vuelve a resurgir cada vez que pongo la música íntimamente relacionada con ella. No me refiero a *Nica's Dream*, de Gigi Gryce, ni a *Nica Steps Out*, de Freddie Red, ni a *Blues For Nica*, de Kenny Drew, sino a *Pannonica*, seguramente la más bella de todas las composiciones de Thelonious Monk. Pero es curioso, casi nunca la pongo en las versiones del propio pianista, por otra parte sorprendentemente escasas. Elijo la versión que me parece *definitiva*, grabada en julio de 1985 y firmada por Steve Lacy, que la incluye en su admirable álbum *Only Monk* (Soul Note SN 1160 CD).

Es un momento mágico que dura cinco minutos y 48 segundos. El encuentro se puede repetir una y otra vez, hasta el infinito, y es, desde luego, un gran consuelo. El efecto no falla jamás, un efecto *son et lumière* muy especial.

Empieza la música, y no me parece muy fácil explicar con exactitud lo que pasa. Al principio es como si se fuera discretamente la luz para volver de inmediato, infinitamente más densa, rotunda y cálida, vestida de mil colores que luego se van reduciendo paulatinamente para terminar convirtiéndose en una especie de arco iris monocolor de una soledad estoica, de una belleza rebelde que rechaza las lágrimas.

Algo así me pasa cuando hago sonar esta *Pannonica*.

Os juro que es apasionante... ■

Ebbe Traberg